

EL DOLOR DURA 7 DÍAS¹

Ángeles Martínez Corral²

“El dolor dura 7 días”

Día 1: He puesto a cero el cronómetro. Todo es distinto, destierro de los que fueron mis muros. Me fui porque me lo pediste de la peor de las formas, sin mirarme. La noche no era noche, una luna alumbraba mi llanto, las estrellas se escondían. Me han exiliado tantas veces que la nada es mi cobijo. Horas de vacío y las respuestas eran piedras. Quiero que existas más allá de nosotros, quiero existir más allá de nosotros. De otra forma más elemental pero en el interior la memoria dulce que no se borra y que al mirarnos seamos sonrisa. Nos debemos las palabras amables.

Día 2: La luz es la única constante. La relatividad con la que el tiempo me despierta no me deja dormir. La noche es larga, densa, goteo de minutos, cambiaré por arena todos los relojes. El pasado dura horas, esta a pocos pasos, en el estante de las fotografías. He viajado unos segundos a nuestra vida, he congelado los días que fuimos y he regresado llena de tu olvido. Hay un futuro con miedo que aún no entiendo. Silencio y que pasan los años.

Día 3: Cada llave una puerta. Cada puerta un rostro. Cada rostro una mirada. Las cerraduras giran al revés y me canso de cerrarlas. Abrirlas es difícil. El portazo y te devuelvo las llaves. Mis ojos no estarán tras tu llegada. Habrá lirios bravos en tu casa y rosas en la terraza. Recojo las aldabas, ya nadie me llama. Hay un llavero que no te olvida y que siempre será mi recuerdo.

Día 4: Tú eliges la herida, el lugar de mi próxima cicatriz. El alma recosida. Saco aguja e hilo, vienen con filo las palabras. Deshazme de una sola vez, que el dolor sea un día, que

¹Fecha de recepción: 05/12/2016.

Fecha de aceptación: 06/12/2016.

²La asturiana Ángeles Martínez Corral es ingeniera de profesión y escritora por vocación. Publica en redes sociales bajo el seudónimo LZY, conocida como Gely Martínez. @lzyencorazon instagram; ✉ gelycorral@hotmail.com.

me muera de mañana y resucite a la noche oscura, en un llamamiento a la tregua. Desde mi trinchera te diré:

que
 no
 se
 te
 olvide
 que
 te
 amé,

 que
 no
 se
 te
 olvide
 que
 me
 amaste.

Día 5: Hay un niño que duerme y sueña. Lleva tu sonrisa, tiene mi mirada. Aunque seamos nunca más en él seremos para siempre. Y aún me atrevo a quererte de otra forma desconocida sin los rencores que he tenido sin las soledades que nos hemos dejado. Curémonos de nosotros. Ahora tú. Ahora yo. Y en la memoria siempre nosotros.

Día 6: Te invito a pasar. Estás más guapo que nunca. Te doy un tarro lleno de palabras: Jardín Botánico, piragua, playa, puerto, paseo, ausencia, Vitoria, Valladolid, Jaca, Madrid, Almería, juntos, amor, nosotros croquetas, camping, miedo, lucha, sexo, cine, viajes, mudanza, coche, moto, otra mudanza, unas dos más o tres, París, amigos, nadar, bicicleta, correr, hogar, espera, Manuel, insomnio, aprender, desaprender, sonrisa, emoción, esperanza, pelea, tristeza, esperanza, abrazos, desencuentro, lágrima, tú y yo. No tengo más palabras son las últimas.

Día 7: Por favor hablame siempre.

Microrrelatos

I

“Churros y café con leche por favor” y la ciudad huele a una mezcla extraña. Amanece, Amanda sentada en el báculo de la cuarta farola de la avenida principal, al lado del kiosco de los mejores desayunos. Apagan la luz de toda la calle y baja a la acera. La mochila pesa, todos los pedidos hechos. Los reparte puerta por puerta: sonidos, luces de colores imposibles, estrellas moribundas que durarán unos días y se usan como decorado en fiestas privadas y piedras con formas poliédricas que dicen traen suerte. “La gente pide cosas raras” se dice. El último pedido en la calle Artemisa, 84. Lo ha guardado en celofán, es frágil. Abre la puerta un hombre triste, le sonrío con levedad y Amanda con cuidado le acerca el abrazo atrapado en el papel transparente. Brilla, quema un poco y es de color verde. “¿Qué te debo?” le pregunta “Los abrazos son gratis” le contesta Amanda y se va pensando en la desdicha de Artemisa.

II.

Luces, cámara, acción. La avenida vacía. Guiña un semáforo a otro en ámbar, le corresponde en verde y el siguiente se enfada en rojo. Los semáforos hablan raro y se pasan todo el rato malhumorados. Amanda observa la conversación sentada en la acera, “que cosas más feas se dicen con los colores” piensa. Rojo: detente, no pases. Ámbar: peligro, duda. Verde: pasa de mí. Y entonces Amanda les dice “habláis mal el idioma. Rojo: Amor, atracción, me quedo un rato. Ámbar: Juego, un, dos, tres pajarito inglés. Verde: Viaje. Buen destino” y los semáforos la miran desde lo alto y hacen un arcoiris.

III.

La ciudad tiene rebordes y Amanda cuando se aburre los despega unos milímetros. Las hormigas se escapan por ese hueco pequeñito e invaden las calles. Se cuelan en las casas, figonean por los armarios de la cocina buscando cosas ricas para llevárselas a

Amanda. Juegan un poco en los jardines y forman fila para subirse por los árboles. Amanda silba fuerte y en hilera regresan. Dos o tres migajas de chocolate para Amanda y con lo demás desaparecen por debajo de la ciudad. Amanda cierra bien las esquinas mientras saborea los trocitos amargos y piensa que no todo puede ser dulce.

IV.

Curvas sin volumen, sin densidad, despojadas de su propia forma. Atrapadas en la talla exigida, detenidas en el paso elevado y falsificar la vida. Obligadas a sentir su naturaleza concedida, delimitadas por el género inexacto y prisioneras de sus propio freno aprendido. Declaradas mujer en una categoría que no existe, que desprecia la condición humana de quienes existen sin el modelo inventado.

V.

La caricia arrancada al cuerpo inmaduro. El grito acallado por la amenaza. El peso de la agresión asfixiado por el dolor que atraviesa la piel ignorada. La pérdida del miedo y la búsqueda de la huida. Alcanzar el exterior, descubrir el frío de una noche de verano y hallar un rincón donde protegerse. Repararse el vestido y componer la humillación sentida. Amanecer mujer cuando aún el cuerpo es de niña. Silencio. No posee las palabras y el tiempo se acelera. Rechaza el tacto, esconde la mirada y deniega el abrazo. Restaura su corteza con la caricia aceptada y sólo entonces entiende el amor.

VI.

Hay una longitud de vida que no se vive, se posee, pero no nos pertenece. Es una porción inexacta, invisible, que puede sentirse, que duele, que se recuerda y sin embargo no se elige. A veces es un instante, se sabe porque desapareces del espacio conocido y desconoces el mundo que has de habitar. Olvidas el borde de tus días y presentes un frío

nuevo. Otras veces te envuelve varios días, semanas incluso meses. Te condena a un límite de un espacio irreal desde el cual tienes que crear la imagen imprecisa de una vida anterior, y continuar, sin la referencia conocida, el mundo propio inventado. Reconoces los contornos pero dudas de la posición dada, desordenas las geometrías y buscas sin sentido dónde encajar cada sensación anterior. Recolocas cada estado, cada momento, cada herida y tan sólo cuando descubres la propia soledad regresas a la verdadera existencia.

VII.

Me dijeron jaula y preparé las plumas. Me advirtieron que ser pájaro era doloroso y emprendí el vuelo. Soy todo cielo contesté. Vinieron con cuchillos afilados a cortarme las alas y me rebrotaron como flores. Soy primavera eterna dije. Dispararon las escopetas y caí herida. El suelo será mi impulso no mi destino, avisé. Y comencé a tararear una chanson d'amour.

VIII.

Cuidado conmigo no me gusta la gente buena, la que nunca se salta los semáforos. Van en la dirección correcta, no se desvían, no se detienen, son línea recta. Me aburre sus intenciones, siempre buenas, aunque hagan daño. No saltan en la cama, ni comen chocolate, tampoco gritan, ni abrazan, ni si quiera hablan mucho. Te miran y se atreven a decir "estás loca" y yo me atrevo a contestar "como una cabra, gracias". Cuidado conmigo no soy buena.